

Estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guã-a de Gran Canaria

martes, 16 de octubre de 2007

Modificado el martes, 16 de octubre de 2007

Estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guã-a de Gran Canaria (relato)

Por ALEJANDRO C. MORENO y MARRERO

PRÁ“LOGO DE NICOLÁ•S GUERRA AGUIAR

Como si

de un drama romántico se tratara, algo a la manera de «Werther», de «Don Álvaro o la fuerza del sino» o de «Los amantes de Teruel», aunque la acción la sitúa el autor en la primera mitad del siglo XVI, asistimos en esta novela corta a la dramatización de un amor imposible que conduce, inexorablemente, a la violencia, a la muerte, quizás traído a mano por el destino fatal, por el sino trágico, que rompe la felicidad de una pareja campesina a pesar de que pareciera que había conseguido todo a lo que en la vida puede aspirar: juventud, pasión amorosa, amor, un hijo que la solidifica y que hace olvidar, definitivamente, aquellos otros amores prohibidos porque él pertenece a un estrato social villano, nada seorial.

Estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guã-a de Gran Canaria (relato) Por ALEJANDRO C. MORENO y MARRERO PRÁ“LOGO DE NICOLÁ•S GUERRA AGUIAR Como si de un drama romántico se tratara, algo a la manera de «Werther», de «Don Álvaro o la fuerza del sino» o de «Los amantes de Teruel», aunque la acción la sitúa en la primera mitad del siglo XVI, asistimos en esta novela corta a la dramatización de un amor imposible que conduce, inexorablemente, a la violencia, a la muerte, quizás traído a mano por el destino fatal, por el sino trágico, que rompe la felicidad de una pareja campesina a pesar de que pareciera que había conseguido todo a lo que en la vida puede aspirar: juventud, pasión amorosa, amor, un hijo que la solidifica y que hace olvidar, definitivamente, aquellos otros amores prohibidos porque él pertenece a un estrato social villano, nada seorial. Pasiones amorosas de otra pareja (él, el mismo villano anterior; ella, egregia seorialita) que lleva tiempo viéndose a escondidas, que embriaga sus cuerpos con los vapores de la juventud y del deseo, del inicial amor acaso. Pero relaciones ilícitas, imposibles por el muy riguroso condicionante social: ella es la hija de un hombre de Leyes que llega a ser el personaje más importante de la Villa de Guã-a. ¿Por qué, por el contrario, no es más que un peón, un don nadie, por más que su corazón rebose los más serenos y nobles sentimientos. Pero es la sociedad rígida, rigurosa, la que impone las normas. No hay posibilidad de transgresiones, por más que se trate de la felicidad de una hija, la única, educada en el más absoluto acatamiento a lo que sus padres deciden. Y por eso, cuando la descubren en los brazos del amante -no se trata, por supuesto, del aspirante rico de Agaete- todo se viene abajo, todo se destruye y se encauza su vida, por más que ello signifique la desestabilización psíquica, la necesidad de una celda inquisitorial, de unas cadenas que la unan a la fría e impersonal estancia. Hay sentimientos de no plenitud cuando se tiene la felicidad al alcance de la mano y surge algo que impide la recreación; corazones que se desbocan ante los roces carnales y que palpitan más allá de las continencias; venganzas con sangre inocente derramada porque el cuerpo del niño no es fruto de su propio parto; locuras y desequilibrios psíquicos que se dan la mano, como en sino fatal, con la imposibilidad de ser feliz. Y a la manera romántica, la poderosa presencia de la muerte se va sintiendo a medida que pasan las páginas porque sabemos que algo violento ha de suceder, los lectores son conscientes de que no todo puede ser tan sencillo, tan simple, tan natural como es el natural amor entre dos jóvenes que se conocen y se desean. Y desde el comienzo, un ser misterioso o, mejor, tres seres misteriosos que llegan de muy lejos, de la Italia mediterránea, que a pesar de sus riquezas, de sus posesiones, de sus negocios ya asentados, deciden embarcar y dejarlo todo «poder, dominio, relaciones sociales, presencia dominante» para encerrarse en Guã-a, en la Villa canaria, de costumbres, usos, maneras, lenguas distintas. ¿Por qué? ¡Ah! Eso lo sabremos solo al final, como en las tragedias románticas

Nicolás Guerra Aguiar (Catedrático de Lengua y Literatura)

En la Real Ciudad de Gáldar, Viernes

2007 La estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guã-a de Gran Canaria En la mañana del 12 de abril de 1527 llegaba a la Villa de Guã-a, procedente de la ciudad italiana de Génova, el letrado D. Luã-s de Riberol y Fierro acompañado de su esposa Dña. Constanza Sopranis de Figueroa y de la seorialita Dña. Catalina de Riberol y Sopranis, única hija del matrimonio. D. Luã-s de Riberol había estudiado la carrera de Leyes en la Facultad de Derecho de la prestigiosa Universidad de Bolonia y pertenecía a una acomodada familia de comerciantes genoveses que construyeron una enorme fortuna debido a las ganancias obtenidas de la explotación y venta de la, por entonces, tan demandada caña de azúcar. El matrimonio formado por D. Luã-s de Riberol y Dña. Constanza de Sopranis, al poco tiempo de haber establecido su residencia en la Villa de Guã-a, mandó levantar una inmensa casona de dos plantas y sótano en la calle de Enmedio, exactamente, en el solar donde, siglos más tarde, sería edificada la llamada «Casa de los Aguilares» (hoy «Casa de las Artesanías»). El frontis de aquella casona estaba hermosamente adornado por un heráldico en el que figuraban los apellidos Riberol (llábase Ribarollo) y Sopranis (grafiado también Sobranis e, incluso,

Soberanis). En la primera planta del edificio, tras pasar el zaguÃn, se llegaba a un amplio patio interior de estilo andalusÃ- mediante el cual se accedÃ-a, por una puerta, al suntuoso despacho de D. LuÃ-s de Ribero, por otra, a las caballerizas (situadas al fondo del patio) y, por la puerta que llevaba hacia la trasera de la casa, a un jardÃn con huerta repleta de especies vegetales que la familia habÃ-a traÃ-do consigo desde Italia. Luego, junto al patio, existÃ-an unas escaleras -casi interminables- que llegaban al segundo piso del edificio, lugar destinado a las habitaciones personales y dormitorios de los moradores de la vivienda. El patriarca de la familia habÃ-a abierto en esta localidad el primer despacho de abogacÃ-a del que se tienen noticias. D. LuÃ-s de Ribero, debido a su buen hacer profesional como letrado y, sobre todo, a la amabilidad que mostraba con todos sus convecinos, logrÃ³ ganarse el cariÃo y respeto del pueblo guense. Se convirtiÃ³, en muy poco tiempo, en uno de los personajes mÃs destacados e influyentes de la municipalidad. Y es que, en 1531, ya figura como Alcalde Real de la Villa de GuÃ-a. Mientras tanto, su mujer y su hija, de 17 aÃos, dedican gran parte de su tiempo libre -que es, prÃcticamente, todo el dÃ-a- a organizar las tertulias vespertinas que tenÃ-an lugar, muy a menudo, en el enorme jardÃn de la casa. Por aquellas reuniones de las artes y las letras pasÃ³, segÃn dejaron escritas las plumas de diversos cronistas de la Ãpoca, gran parte de intelectualidad insular, ademÃs de otros muchos personajes relevantes que se encontraban de visita por el ArchipiÃlago. Entre una cosa y otra, DÃ-a. Catalina de Ribero ya se acercaba a la edad casadera y sus padres, como se hacÃ-a comÃnmente en aquellos tiempos, decidieron buscarle un pretendiente. El elegido para contraer matrimonio con la joven fue D. Rigoberto Cairasco, un importante banquero de origen genovÃs que, desde hacÃ-a algunos meses, residÃ-a en la Villa marinera de Agaete. No hay duda de que, en la opiniÃn de los que iban a ser sus suegros, el Sr. Cairasco era lo que se denominaba un buen partido pues, debido a que su familia habÃ-a sido muy bien tratada en los repartimientos de tierras procedentes de la Ãpoca de la Conquista de las Islas, aunaba en su persona uno de los patrimonios mÃs importantes del momento. Pero entre los muchos, muchÃsimos, inconvenientes que la hermosa Catalina hallÃ³ en el terrateniente se encontraba el hecho de que D. Rigoberto le doblaba la edad varias veces y, por si esto fuera poco, carecÃ-a de atractivo alguno. Ante semejante situaciÃn, la muchacha se negÃ³ con total y absoluta rotundidad a matrimoniarse con semejante individuo ya que, al parecer, llevaba algunos meses viÃndose a escondidas con un apuesto joven labrador llamado Francisco GarcÃ-a, natural de la Villa de GuÃ-a e hijo de una familia muy humilde de jornaleros. Fueron varios los aÃos que la pareja estuvo viÃndose sin que sus padres pudieran percatarse de nada anormal hasta que, un dÃ-a, D. LuÃ-s de Ribero y Fierro -ante el extraÃo comportamiento de su niÃa- enviÃ³ a Silvestre RodrÃ-guez (el jardinero) a seguirla, puesto que la joven todas las maÃanas salÃ-a a la misma hora sin que nadie supiera hacia donde se dirigÃ-a. Este episodio serÃ-a, sin duda, un importante punto de inflexiÃn en sus vidas, pues el jardinero -tras seguir a DÃ-a. Catalina de Ribero hasta una hacienda cercana a la Ermita de San SebastiÃn propiedad del patricio guense D. Gaspar SuÃrez de Medina, lugar de trabajo de su amado- vio besarse a la pareja. Tal y como era de esperar, Silvestre RodrÃ-guez corriÃ³ con la noticia a su seÃor, quien entrÃ³ en cÃlera y fue, raudo y veloz, en busca de su hija. D. LuÃ-s, acompaÃado de varios hombres a caballo, llegÃ³ a la hacienda y se percatÃ³ de que, junto a establo, se hallaba Catalina acaramelada con su enamorado Francisco GarcÃ-a, con lo que, sin apenas mediar palabra, tomÃ³ a la muchacha del brazo y la llevÃ³ de regreso a casa. Mucho tiempo fue el que pasÃ³ la joven Catalina castigada en su habitaciÃn, absolutamente incomunicada con el mundo exterior. Su amado, Francisco, cada dÃ-a pasaba frente a su casa en el trayecto de ida y venida a su lugar de trabajo, pero nada sabÃ-a de ella. La tristeza y la melancolÃ-a estaban menguando la vida del labrador. Apenas comÃ-a. No tenÃ-a ganas de seguir viviendo. Pero, tras casi siete aÃos de tristeza, Francisco GarcÃ-a conociÃ³ a MarÃ-a de los Remedios GonzÃlez, una guapÃsima joven de esbelta figura, melena al viento y unos ojazos verdes con la que nuestro hombre aprenderÃ-a a amar de nuevo. La hermosa muchacha trabajaba al servicio de la familia SuÃrez de Medina, dueÃos de la hacienda donde tambiÃn lo hacÃ-a Francisco. MarÃ-a de los Remedios, desde un primer momento, se enamorÃ³ perdidamente del labrador y, al poco tiempo, quedÃ³ embarazada. La pareja estaba radiante de felicidad. Todo iba maravillosamente bien. Francisco, aunque aÃn no habÃ-a olvidado del todo los momentos de felicidad vividos junto a su anterior amada, estaba embelesado con su nuevo amor. Mientras, Catalina de Ribero, debido al encierro en su habitaciÃn y tambiÃn a que entre sus parientes habÃ-a ciertos antecedentes de desequilibrio mental, enfermÃ³ muy gravemente de la cabeza. Aquella patologÃ-a le venÃ-a heredada por la rama de su madre, ya que tanto la abuela como un tÃo de Catalina habÃ-an fallecido tras haber perdido el juicio en extraÃas circunstancias. Fue tal el desquiciamiento mental que sufriÃ³, que sus padres se vieron obligados a construir en el sÃtano una especie de mazmorra protegida con unos fuertes barrotes de hierro para allÃ- aislar a su hija demente, pues se mostraba bastante agresiva. Al mismo tiempo que esto ocurrÃ-a en la Casa Ribero-Sopranis, Francisco estaba inmensamente ilusionado con el nacimiento de su hijo, su primer hijo. En esto, el dÃ-a 8 de Diciembre de 1548, MarÃ-a de los Remedios GonzÃlez daba a luz a un varÃn que llevarÃ-a tambiÃn el nombre de Francisco, como su padre. Este hecho hizo que el labrador olvidara, de forma definitiva, lo que habÃ-a ocurrido en su relaciÃn anterior y se centrara en la crianza de su niÃo, quien habÃ-a heredado la belleza y los ojos verdes de su madre, ademÃs de la gracia y simpatÃ-a de su padre. Catalina, por su parte, se encontraba apresada en aquella frÃ-a y oscura mazmorra del sÃtano. Se hallaba sujeta a la pared con unas gruesas cadenas. TenÃ-a la fuerza de una bestia indomable, por lo que era necesario que los mÃdicos, casi a diario, pasaran por allÃ- para observar su estado y, especialmente, atenuar sus continuos ataques de histeria. Sin embargo, con el paso del tiempo, Catalina mejorÃ³ ostensiblemente en sus facultades psÃ-quicas. Ahora, los episodios de desequilibrio mental se alternarÃ-an con los momentos de cierta lucidez. Todo ello y, por supuesto, el visto bueno de los mÃdicos que la estaban tratando, hicieron que sus padres tomaran la decisiÃn de trasladarla de nuevo a su habitaciÃn, en la segunda planta de la vivienda. Su mejorÃ-a fue considerable. D. LuÃ-s de Ribero y su esposa, DÃ-a. Constanza, veÃ-an con buenos ojos que su hija hiciera, nuevamente, vida normal pero, eso sÃ-, dentro de su casa de la calle de Enmedio, edificio que tambiÃn daba al llamado callejÃn de LeÃn. DÃ-a. Catalina, muy mejorada pero nunca lo bien que sus padres e, incluso, los propios mÃdicos creÃ-an, estaba casi todo el dÃ-a mirando desde detrÃs de los cristales de la ventana de su habitaciÃn, hacia la calle. Su aspecto fÃ-sico era escalofriante. Sus ojos, visiblemente enrojecidos, se presentaban como

los únicos anunciantes de lo que podía suceder. A pesar de este panorama, el 21 de enero de 1549, Francisco García casaba en el templo de la Villa de Guía con su prometida María de los Remedios González. Diariamente y ajeno a todo, el matrimonio pasaba calle de Enmedio arriba y abajo en el trayecto que, luego tomando el callejón Esquivel (callejón que, actualmente, va desde la calle de Enmedio hasta la zona cercana a los Juzgados), le llevaba hacia la finca en la cual ambos trabajaban, como decían, propiedad de D. Gaspar Suárez de Medina y ubicada por las inmediaciones de la Ermita de San Sebastián. La feliz pareja, residente entonces en una casa muy humilde de la calle de la Carnicería, iba ocasionalmente a su trabajo acompañada de su hijo de pocos años de edad, al que le encantaba jugar con los animales de la finca (vacas, cabras, ovejas, conejos, gallinas...): Francisquito se había convertido en la alegría de aquella hacienda. Era lo que se denomina un niño despierto y espabilado, pues, con frecuencia, hacía preguntas a los mayores impropias de su edad. Era una ricura. Pero aquella situación de paz y sosiego daría un giro inesperado la noche del 14 de Septiembre de 1553, cuando Catalina de Ribero -sabedora de todo ello y corrompida por los celos- aprovechó que su madre, Doña Constanza de Soberanis, estaba en misa y que sus cuidadoras se hallaban en la huerta, para escapar de su habitación. La hora de paso de la familia de labradores se acercaba y, al verlos venir a lo lejos, fue a la cocina en busca de un cuchillo. Fuera de sá y cuchillo en mano se dirigió -como alma que lleva el diablo- a la calle y, cuando se hallaban hacia media altura del callejón Esquivel, los abordó bruscamente y por sorpresa. La tragedia se respiraba en el ambiente. Catalina, descalza y vestida con un largo traje blanco de corte medieval, se hallaba tan desmejorada físicamente que se mostraba casi irreconocible. En esto, sin mediar palabra alguna, asestó una cuchillada letal al niño de apenas 5 años, quien cayó muerto al suelo. Acto seguido, intentó hacer lo mismo con su padre -el amor que nunca pudo olvidar- pero, en vista de que no lo consiguió, fue en busca de María de los Remedios, a quien si logró dar varias cuchilladas en el abdomen y que fallecería desangrada a los pocos minutos. Ante semejante escena y, especialmente, alertados por el griterío que salía del callejón Esquivel, muchos vecinos se dieron cita en el lugar provistos de palos y piedras. Entonces, Catalina de Ribero, asustada, echó a correr risquetes abajo en dirección al Barranco. Estuvo varios días desaparecida pero el 18 de Septiembre de 1553 fue descubierta por la Guardia Militar escondida en la cueva que existe junto al lugar donde, actualmente, se encuentra la Presa de las Garzas. Desde entonces, aquella excavación en la roca fue denominada «Cueva de Catalina de Ribero», en alusión a aquel episodio. Doña Catalina de Ribero y Sopranis fue juzgada y condenada a muerte. Su ejecución tuvo lugar el día 2 de Agosto de 1554 en la horca que se instaló, para la ocasión, en la Plaza Mayor de la Villa de Guía de Gran Canaria. Todo el pueblo estuvo presente en aquel ajusticiamiento, el único que se recuerda en esta municipalidad. Sus padres marcharon nuevamente a Génova. Jamás se supo de ellos, a excepción de lo escrito en una carta que, desde Italia, Doña Constanza de Sopranis envió a Fray Juan de Mendoza (su confesor espiritual) y en la que decía que se sentía culpable de lo ocurrido ya que, debido a un despiste suyo, hubo varias muertes, incluida la de su hija Catalina. Además, en otro fragmento de la mencionada misiva, rogaba a su destinatario que hiciera llegar a las gentes de Guía que se encontraba muy apenada y avergonzada ante lo sucedido. A todo esto, las investigaciones policiales averiguaron, décadas después, que el motivo real por el cual la familia Ribero-Sopranis vino a las Islas Canarias, había sido con el afán de proteger a su hija de la justicia genovesa pues, curiosamente, Doña Catalina de Ribero, cuando sólo era una adolescente, asesinó a una prima suya a la que tenía celos. Desde que ocurrió el suceso del Callejón Esquivel ya han pasado alrededor de cinco siglos; no obstante, se comenta que, en dicho lugar, ciertas noches se ve vagar la figura espectral de una mujer de mediana edad ataviada con vestimentas propias del s.XVI y que lleva de la mano a un niño pequeño que llora.

ALEJANDRO C. MORENO

MARRERO

En Guía de Gran Canaria, Domingo 15 de julio de 2007
 NOTA DEL AUTOR: Este texto responde a un relato en sentido literario, se ha denominado «relato corto». Por ello, quisiera dejar bien claro que la historia que hoy he tratado de contar, nunca sucedió en la vida real sino que, por suerte, ha surgido de mi imaginación y, consiguientemente, es una total y absoluta ficción. Eso sí, me gustaría aclarar que intento no caer en incongruencias de tipo temporal, es decir, todo el desarrollo de la trama se ajusta perfectamente al contexto histórico habido en el momento en el que he situado la narración (s.XVI).
 AGRADECIMIENTOS: Al Prof. NICOLÁS GUERRA AGUIAR, mi querido y admirado amigo, no sólo por haber accedido a escribirme el prólogo (en mi opinión, una verdadera delicia) sino por sus oportunas indicaciones y observaciones, además de por la precisa corrección final del trabajo. Y, por supuesto, también a JAVIER ESTÁVEZ DOMÍNGUEZ por la magnífica fotografía que me facilitó para la portada del libro. A los dos, muchas gracias. Les estoy infinitamente agradecido.

IMAGEN PORTADA:

Vista del Callejón Esquivel con la Casa de los Aguilares al fondo.
 Fotografía realizada por JAVIER ESTÁVEZ DOMÍNGUEZ (2007).